

bam
búA stylized illustration of a young boy in a futuristic, dark blue and black suit with a hood and goggles. He is in a dynamic, forward-leaning pose, with his right hand glowing with a bright yellow light. The background is a light blue gradient with large, dark blue handprints reaching towards him. A large orange circle is positioned on the left side of the cover, containing the title and author's name.

Proyecto Galileo

Joan Anton
Català

1. La mosca espía

–¡Buenos días, Adam!

Con los ojos aún medio cerrados, Adam Seymour gruñó mientras se giraba en la cama.

–¡Buenos días, Adam!

La voz metálica de Bobby, el pequeño robot en forma de perro que Adam había construido el año anterior, no paraba. Y es que Adam debía reconocer que, a pesar del trabajo que había dedicado a diseñar, montar y programar a su mascota, existían algunos pequeños fallos de funcionamiento. No se trataba de fallos demasiado importantes, excepto «este». Bobby, de vez en cuando, se atascaba con las frases. De repente empezaba a repetir, una y otra vez, la misma frase, y era incapaz de parar. El remedio que funcionaba era un golpe en la espalda. Entonces, el perro-

robot paraba en seco de repetir y volvía a comportarse normalmente.

–¡Buenos días, Adam!

Buf, esa mañana habría que atizarle ya a primera hora para poder estar unos minutos tranquilos, holgazaneando un ratito más en la cama. Un golpe cariñoso en la espalda, y ya está. Silencio de nuevo.

Adam no estaba demasiado motivado para levantarse. Era el último día de clases, en el que en la escuela se entregaban los premios de ciencia, y una vez más debería soportar ver como Chris Moss volvía a ganar. ¡Ese farsante insoportable!

–¡Chris Moss! –gritó Adam sin poder reprimirse.

Al oírlo, Bobby empezó a recitar automáticamente.

–Chris Moss es un farsante y un tramposo, Chris Moss es un farsante y un tramposo...

Con una carcajada Adam abrió los dos ojos, y satisfecho miró a su fiel mascota, que seguía repitiendo la frase sobre su eterno rival en la escuela. De momento no habría ningún golpe en la espalda, y dejaría que Bobby le siguiese alegrando, aunque fuera solo por unos instantes, aquella mañana nada motivadora.

La habitación de Adam era un caos. Bueno, eso decía Beth, su madre, desesperada cada vez que entraba para limpiar o para guardarle en el armario la ropa limpia. Él, sin embargo, siempre le decía a su madre que lo que ella llamaba *caos* era, en realidad, un desorden ordenado. Ello provocaba casi siempre el enfado automático de su madre, que salía de la habitación moviendo las manos y los brazos y riñendo a su hijo con frases que se perdían en el pasillo a me-

dida que se alejaba. Adam ya se había rendido para intentar volverle a explicar en detalle a su madre qué significaba eso de desorden ordenado. La cuestión estaba muy clara para él. Todo, absolutamente todo en su habitación estaba donde debía estar. Se podría localizar fácilmente cualquier cosa, a diferencia de un caos, donde no puedes encontrar nada.

Las paredes de la habitación estaban llenas de pósters y fotografías de planetas, estrellas y galaxias. Imágenes que Adam buscaba por Internet y que las diversas misiones de exploración que la humanidad había lanzado al espacio enviaban constantemente. También había fotografías antiguas de animales que hacía tiempo que se habían extinguido. Como elefantes, tigres y águilas. La mayoría de chicos de su edad no se sabían ni el nombre ni el aspecto de esos animales, pero a Adam le fascinaban.

Pero el póster que más destacaba era un gran retrato de su hermano mayor vestido con traje de piloto espacial. Adam estaba muy orgulloso de su hermano. Nada más y nada menos que astronauta.

La mesa del escritorio estaba llena de libros. Otra cosa que sus padres no entendían. ¿Cómo se podían tener libros en el año 2052 con el espacio que ocupaban? Hacía mucho tiempo que la gente ya no los utilizaba. En Internet, y a través del ordenador, uno podía encontrar toda la información que necesitase.

Sin embargo, a Adam le fascinaban los libros. Era difícil comprarlos porque casi nadie estaba ya interesado en ellos, pero él había encontrado una tienda de antigüedades, cerca de su calle, en la que aún se podían encontrar algunos. Le

agradaban especialmente el tacto de las hojas y el acto de pasarlas con los dedos. Esa atracción por los libros había convertido su mesa de estudio y las estanterías de la habitación en casi un museo. Aquí y allá se amontonaban libros de ciencia, desde astronomía a física o química... Cualquier tema científico encontraba un lugar en el museo de Adam.

En el suelo, sobre la alfombra, había varias cajas, cada una con multitud de elementos y componentes electrónicos. Eso era una demostración del orden al que Adam se refería. Cada tipo de componentes en su caja correspondiente. El único problema era el número de cajas. Solo se necesitaba un poco de habilidad para poder desplazarse por la habitación sin chocar, y volcar, las pilas de cajas que poblaban el suelo. Menos mal que los sensores que instaló en los ojos de Bobby le permitían al pequeño robot moverse perfectamente sin provocar un accidente. Pero este pequeño problema de las cajas parecía insoportable para su madre. Claro, la cuestión era que ella no tenía la misma habilidad para moverse, y acababa tropezando casi siempre y tirando algunas de las cajas, que se abrían y esparcían por el suelo gran cantidad de pequeñas piezas, en medio de un grito de enfado y de alguna frase de aquellas que los adultos a veces dicen y que se supone que un adolescente no debe escuchar ni repetir.

Cerca de la ventana estaba situado un pequeño telescopio, regalo de su abuelo. Hoy ya nadie utilizaba telescopios. ¿Para qué? Entrabas en Internet y te conectabas a alguno de los satélites telescopio que estaban en órbita alrededor de la Tierra. Te apuntabas en la cola de espera, y cuando era tu

turno tomabas el control del instrumento, y con él podías inmediatamente observar objetos lejanos del universo. Incluso podías hacer fotografías y bajártelas al correo electrónico.

Adam recordaba una vez que ayudó a su abuelo a ordenar el garaje. En él su abuelo guardaba auténticas maravillas, cosas que Adam no había visto nunca. Lo que el padre de Adam, Jeff, denominaba *trastos*, para Adam y para su abuelo eran instrumentos. Y allí, en un rincón, apareció el telescopio. Y del garaje del abuelo a la habitación de Adam. En las noches oscuras Adam utilizaba el telescopio para inspeccionar el cielo. ¿Qué gracia tenía manejar telescopios remotos, que ni veías, y que eran los mismos que cualquier otra persona podía utilizar? ¡Definitivamente, ninguna! En cambio, ese modesto telescopio era único. Era «su» telescopio. Podía mejorarlo, cambiarle piezas para convertirlo en un instrumento más potente. Incluso podía adornarlo con dibujos.

Al lado del telescopio se apilaban montones de dibujos y esquemas de los objetos que Adam había observado en el cielo. Como, por ejemplo, el movimiento de los satélites de Júpiter, unos diminutos puntitos luminosos que se alineaban al lado del gran planeta. Los esquemas señalaban, con gran precisión, la posición de esos puntitos día tras día. Era divertido, pues los satélites, al girar alrededor de Júpiter, se desplazaban en cuestión de horas, y uno podía comprobar fácilmente los movimientos. Adam había leído que hacía muchos años, en el siglo XVII, un sabio llamado Galileo había descubierto esos mismos satélites utilizando el primer telescopio de la historia, un instrumento rudimentario y

muy elemental. Galileo documentó el tema junto con otro gran descubrimiento que realizó: vio que en la Luna había cráteres, y parece ser que ello revolucionó a todo el mundo, pues en aquellos años se pensaba que la Luna era simplemente perfecta, sin agujeros que la afeasen. Aquel hombre había defendido hacía casi 450 años que la Tierra no se encontraba en el centro del universo, y que en realidad esta giraba alrededor del Sol, y no al revés, como todo el mundo creía en esos momentos. Y he aquí que Adam podía, con su telescopio, observar exactamente lo mismo que había observado el gran Galileo.

Colgados del techo de la habitación de Adam se encontraban modelos de planetas hechos con bolas de corcho pintadas y adornadas, así como maquetas de naves espaciales de todo tipo. Como faltaba espacio, Adam se las había ingeniado para instalar un cordel que cruzaba la habitación un poco por debajo del techo, y que le servía para colgar más objetos. Otro motivo de discusión con su madre. ¿Qué culpa tenía él de que existiesen tantas misiones espaciales o que se hubiesen descubierto tantos planetas?

–Chris Moss es un farsante y un tramposo, Chris Moss es un farsante y un tramposo...

Bueno, tocaba darle ya el golpecito a Bobby. Al menos el despertar no había sido tan horrible como pensaba, teniendo en cuenta lo que le esperaba.

Los premios de ciencia. Una auténtica tortura, ver cómo su enemigo número uno subía al estrado, en medio de los aplausos de todos los profesores y alumnos (bueno, no de todos, ¡él no aplaudiría! Y tampoco lo harían

Martin ni Meg, sus mejores amigos y compañeros en el trabajo de ciencia). La imagen de Chris, altivo y prepotente, con una ridícula corbata azul sobre una camisa blanca perfectamente planchada y con sus iniciales bordadas, y con unos zapatos negros nuevos y relucientes, recogiendo el premio y mirándole fijamente a «él» mientras sonreía le atormentaba desde hacía días. Bueno, quizás no le miraría a él precisamente, pero es como Adam se lo imaginaba.

¿Cómo podía ser que se premiase a un rufián como Moss? Un tramposo. Ganaba porque su padre, un hombre rico, ordenaba a los ingenieros del centro de investigación, que era de su propiedad, que le hiciesen los trabajos. Adam siempre lo sospechó desde que la escuela instauró el premio hacía unos años. En cada curso desde entonces, Chris ganaba siempre. Cuando tenía diez años ganó con el diseño de un robot que era capaz de desmontar y volver a montar en pocos minutos un ordenador. A los once presentó un experimento de química con el que hacía aparecer y desaparecer colores en un frasco de líquido utilizando corrientes eléctricas. El año pasado volvió a ganar, esta vez con un puzle magnético de doscientas piezas que era capaz de ordenarse y montarse solo. Este año Chris había impresionado al jurado con un panel de cristal que cambiaba de transparente a opaco aplicando un poco de calor. Muy ingenioso, sí. Pero una farsa total.

Hacía tiempo que Adam, Meg y Martin se habían propuesto desenmascarar a su rival. Estaban seguros que el padre de Chris y sus empleados eran los responsables de todos esos inventos, y solo hacía falta demostrarlo. Se ha-

bían esforzado mucho ese año con su diseño para el concurso como para dejar que un tramposo insoportable se llevase delante de sus narices el reconocimiento de todos.

Es cierto que el diseño de Adam había tenido algún fallo en el peor momento posible. Una pequeña nave, del tamaño de una pelota de tenis, que era propulsada por un nuevo combustible que Adam había inventado y que debía elevar la nave-pelota hasta el exterior del planeta, ni más ni menos. Muchas horas de trabajo con algún que otro contratiempo. Como cuando tuvieron que comprar, en la tienda de productos de limpieza, algunos litros de sustancias, digamos, peligrosas: ácidos y otros productos corrosivos, que se utilizaban para desatascar lavabos o para abrillantar suelos, debían encontrar su función en el nuevo combustible de Adam. Una llamada de videoteléfono de la tienda a su madre avisándola de que su hijo acababa de comprar todo aquello le obligó a dar unas cuantas explicaciones en casa. Como no le gustaba mentir, ni tampoco sus padres le creerían si les decía que se había propuesto limpiar el lavabo, decidió contarles la verdad y el proyecto que pretendía realizar para el concurso de ciencia. Afortunadamente, sus padres entonces estaban demasiado ocupados con Betty, su hermana pequeña, que acababa de desparramar la leche por el suelo, y quizás no le escucharon bien, lo cual él interpretó como un «todo va bien, Adam. ¡Adelante y suerte con tu experimento!».

Cuando llegó el día de la presentación de trabajos allí estaban Meg, Martin y él con su nave para demostrar la potencia del nuevo combustible. «Cinco, cuatro, tres, dos...».

Excitada y un poco nerviosa, Meg había pulsado el botón de ignición de la nave justo en el momento adecuado, y en medio de un gran «ohhh» de admiración por parte del jurado la pelota había empezado a elevarse lentamente. Todo iba bien, hasta que dejó de ir bien. La nave se había elevado un par de metros cuando un gran *flash* de luz iluminó el patio de la escuela, seguido por un enorme ruido lo más parecido a una explosión. Al jurado pareció no hacerle ninguna gracia el tema, mientras huían a refugiarse en el edificio de la escuela en medio de una gran humareda y con las caras ennegrecidas. Adam no había podido contener la gran carcajada que le provocó aquella escena, con los profes corriendo en todas direcciones. Lo peor fue que no pudo parar de reírse cuando la profesora de Naturales, la señora Madison, le regañaba muy enfadada, con las gafas totalmente negras por el humo de la explosión. Aquello les había costado la descalificación automática. El jurado no había sabido apreciar su trabajo y esfuerzo, ni el potencial increíble que aquel nuevo combustible tenía.

Cuando Meg, Martin y Adam decidieron, a principio de curso, descubrir las trampas de Chris, lo planearon todo con absoluta precisión. Encerrados en la habitación de Adam pensaron hasta en el último detalle. La cosa debía ir así: Meg visitaría la mansión de Chris, la más suntuosa y lujosa de la ciudad, con la excusa de llevarles a sus padres unos pasteles. A Meg le encantaba cocinar, lo sabía todo el mundo, y además vivía a pocas calles de los padres de Chris. Nadie sospecharía de su amiga, con aquella sonrisa que hacía que el mundo parase de girar (o al menos eso le parecía a Adam),

con su larga melena rubia, sus pecas en las mejillas y su dulce voz. La cuestión es que en la bandeja de los pasteles se escondería un ingenioso invento: una diminuta cámara con un micrófono dentro de una mosca electrónica que Adam y Martin habían construido. La mosca permanecería escondida debajo de la bandeja, acechando, y se activaría por control remoto para volar por las estancias de la casa de Chris. Así podrían grabar cómo su padre era el que traía el invento a casa, y así desenmascarar para siempre al tramposo.

Hubiese sido un plan perfecto. Si no fuese por un pequeño error en las conexiones de la cámara y el micrófono dentro del pequeño insecto robot. Habían conseguido obtener la prueba que necesitaban: en el sótano de la casa, el padre de Chris había almacenado el panel de cristal que cambiaba su transparencia con la temperatura. Lo había traído de una pieza, sacándolo de una gran caja de plástico protector. ¡Ahí estaba la demostración de la trampa! Era todo lo que necesitaban. Aparcaron la mosca en una pared del salón de la casa de Chris. Solo debían esperar a que alguien abriese una ventana o una puerta y su mosca preferida les traería volando las pruebas que mostrarían el engaño de Chris. Pero entonces ocurrió la catástrofe.

De repente, mientras sus padres estaban mirando el videotelevisor, apareció en la pantalla lo que la mosca estaba observando por sus ojos. Imaginad qué sorpresa cuando se vieron aparecer en el televisor y escucharon su propia voz saliendo de los altavoces. La mosca acabó chafada contra una pared, el plan descubierto y los tres amigos castigados una semana sin salir de sus casas.

Martin era el compañero de aventuras de Adam desde que tenían siete años. No era especialmente bueno en los estudios, pero sí un amigo fiel y siempre dispuesto a ayudar. Se complementaban perfectamente. Normalmente iba así: Adam tenía la idea, y Martin se encargaba de conseguir las cosas necesarias para desarrollar la idea, por muy extravagantes que fuesen. No se sabía exactamente cómo lo hacía, pero Martin era capaz de encontrar las cosas más raras y extrañas imaginables. Cosas que Adam utilizaba para sus inventos. La frase preferida de Martin era: «Bueno amigo, dime lo que necesitas para hacer “eso”, que yo te lo consigo en un periquete». En el patio de la escuela les gustaba sentarse en el suelo para discutir sobre nuevos inventos o aventuras. Eran inseparables, y en más de una ocasión Adam había defendido a Martin ante las bromas pesadas que alguna vez recibía por no ser tan buen estudiante y, todo sea dicho, por ser un poco grande. No, no es que Martin estuviese gordo, ni mucho menos. Pero era más grande en tamaño que el resto de la clase y no muy ágil moviéndose. Eso siempre le había reportado problemas con los compañeros.

Martin tenía una cualidad que Adam admiraba. Era capaz de reírse y de estar de buen humor en cualquier circunstancia, pasase lo que pasase. Y su buen humor se contagiaba. Así que estar al lado de Martin significaba pasárselo bien, con sus bromas y ocurrencias. Por otra parte, a Martin le entusiasmaban los insectos, todo tipo de ellos. De ahí surgió la idea de crear una mosca espía.

Meg se les había unido hacía un par de años. Una chica muy inteligente, con unas notas espectaculares. Con su son-

risa (esa que paraba el mundo) y el brazo siempre levantado en clase para contestar las preguntas de los profesores. Adam reconocía que antes había pensado de ella lo mismo que casi todo el mundo: que era simple y llanamente una empollona. Pero la cosa cambió cuando les tocó formar pareja en un trabajo de mates. Allí descubrió a la auténtica Meg.

Ella no tenía muchas amigas. Bueno, en realidad algunas compañeras la odiaban, por pura envidia. Era verdad que a veces podía dar la imagen de ser muy seria, quisquillosa y sabelotodo. La cuestión era que ella y Adam empezaron a hablar frecuentemente, después de lo del trabajo de mates. Meg con su inteligencia. Y él con sus ideas e inventos. Era perfecto. Finalmente, Adam acabó invitándola a entrar en el círculo de amistad con Martin. Así que Meg se incorporó a la sociedad con ilusión, y los tres se convirtieron en un equipo. No solo aprovechaban los momentos de descanso en la escuela para hablar, sino que muchas tardes, después de hacer los deberes, se reunían en el parque del barrio para seguir con sus planes, que siempre iban de construir inventos, descubrir misterios o salvar el planeta.

Se aproximaba el momento fatídico, aquel en el que Adam vería a Chris recoger su premio. Hacía días que había pensado en ponerse enfermo y evitar así tener que asistir a semejante infierno. Pero al final decidió afrontarlo con valentía y ver como Chris era premiado «por último año». Sí, porque esa sería la última vez que aquel tramposo los vencía. Tenían un plan, y solo faltaba ultimar algún detalle y llevarlo a la práctica. Sería, sin duda alguna, el mejor trabajo de ciencia que nunca la escuela habría visto. Ni la

escuela, ni la ciudad entera. Sería un superproyecto, que ni el padre de Chris con sus trabajadores podría derrotar.

Adam desayunó con sus padres. Jeff Seymour estaba contando no-se-qué problema que tenía con su jefe: un tipo, parece ser, bastante duro y desagradable, a juzgar por las palabras que el padre de Adam utilizaba para describirle. Mientras, Beth, su madre, escuchaba a la vez que se las ingeniaba para dar de comer a la pequeña Betty sin que esta tirase por el suelo los cereales. Adam estaba demasiado ocupado pensando en el día que les esperaba, así que toda aquella escena le parecía lejana, como el que está viendo una película en el ordenador. Aquello no iba con él, bastante tenía con pensar en Chris Moss, sus trampas y el nuevo plan invencible y extraordinario.

–¿Me has oído, Adam?

Como un resorte, Adam volvió a la realidad con esa frase, y contestó de forma automática.

–Sí, mamá, sí, te he oído.

–¿Qué te he dicho? Seguro que no me estabas escuchando, como siempre, pensando en tus cosas.

–Perdona, mamá, me decías que... ummmm... queeeee
–balbuceó Adam en un intento por ganar unos segundos y ver si conseguía recordar algunas de las últimas palabras de la conversación de su madre.

–Te decía que hagas el favor de controlar mejor a Bobby cuando no estás en casa: no quiero que vuelva a morder los zapatos y zapatillas de toda la familia.

Era cierto. Bobby tenía sus cosas, pero como cualquier robot. Por ejemplo, Fred, el robot que ayudaba en la limpie-

za de casa, a veces estornudaba. Era muy divertido, porque un robot no se resfría. Pero parece ser que Fred aprendió a estornudar imitando a alguien de la familia, y desde entonces estornudaba de vez en cuando pensando que así parecía más humano. O el pájaro robot que se encargaba de cuidar del jardín. Alguna vez se le había visto inmóvil, como hipnotizado, mirando una urraca que visitaba el jardín. Quizás el robot quedaba atraído por esa imagen, y luego era difícil sacarlo de ese estado y que volviese al trabajo. Todos los robots tenían sus manías, y una de las de Bobby era su predilección por morder zapatos. Adam había intentado que reprogramar ese comportamiento, pero sin éxito. Es cierto que no se esforzaba mucho en corregir el tema, ya que era como si Bobby tuviese personalidad propia, y eso a Adam le parecía divertido.

Ya tenía suficientes problemas como para tener que discutir con su madre, así que Adam cogió a Bobby y lo metió en su mochila.

—Amiguito, hoy vendrás conmigo a la escuela.

En la calle le esperaban Meg y Martin. Se saludaron y se dirigieron a la parada del transporte urbano.

El vagón estaba ya en la parada, de forma que subieron rápidamente. Iba bastante lleno de gente y tuvieron que quedarse de pie, en el pasillo, mientras el vehículo arrancaba. Se desplazaba sobre unas marcas dibujadas en la calle, volando a pocos centímetros del suelo sin llegar a tocarlo. Así era como se movían todos los vehículos. Sin conductor, porque todo lo controlaban los ordenadores. Hacía mucho tiempo que no se oía hablar de accidentes de tráfico, ya que los ordenadores

se encargaban de acelerar, de frenar y de parar cada vagón de transporte en la ciudad. El padre de Adam le había contado cómo, cuando era pequeño, existían transportes que necesitaban a un humano como conductor, y también le había explicado lo de los semáforos. ¡Qué primitivos! Resulta que había unas luces en las calles que indicaban si uno podía o no cruzar, o si un vagón debía detenerse. Cuando aquellos semáforos se estropeaban, las ciudades se convertían en auténticos caos y se paralizaban. Eso ya era historia, y ahora los ordenadores mezclaban el tránsito de los vagones sin detenerlos, y estos se cruzaban a toda velocidad sin llegar nunca ni a rozarse.

Bajaron en la parada de la escuela, y mientras charlaban se dirigieron a la entrada.

–Recordad, hoy a las siete en mi casa –dijo Meg en el mismo momento en el que vieron como Chris Moss abría la puerta del vagón privado de su padre, bajaba de él y caminaba, con paso firme y seguro, hacia el grupo de compañeros de clase que le idolatraban. Callados, los tres contemplaron aquella escena tan típica. No se podía negar que Chris parecía tener a todo el mundo encantado y a sus pies. Era, con diferencia, el niño más popular de la escuela.

–Miradle –dijo Martin–. Parece una percha, tan estirado. Si no fuese porque está lejos, le colgaría mi chaqueta de la oreja.

El comentario de Martin provocó las risas de Meg y Adam. Era bueno mantener el buen humor, porque ese día deberían tragar mucha saliva aguantando el bochornoso espectáculo de Chris Moss siendo premiado.

La sala estaba abarrotada. A Adam le parecía como si todos los estudiantes del mundo hubiesen decidido asistir. No faltaba nadie, y eso le ponía de mal humor. Incluso el viejo profe de Literatura, ya jubilado, no se había querido perder la ceremonia de los premios.

Bueno, qué se le iba a hacer. De momento, aguantar.

No hacía falta sentarse demasiado cerca del escenario, no fuese que la imagen de Chris recogiendo el premio y sonriéndole a él se hiciese realidad. Así que Adam y sus colegas encontraron un hueco en la penúltima fila del auditorio. Allí no habría peligro que Chris los localizase con la mirada, y además pasarían desapercibidos cuando no aplaudiesen.

Se hizo el silencio cuando la directora de la escuela subió al escenario y golpeó el micrófono con los dedos, con ese gesto tan típico para ver si funcionaba. Adam sabía lo que venía a continuación. Lo de cada año: un discurso de la directora hablando de la importancia de la imaginación y de la inventiva en los jóvenes, y de cómo la escuela potenciaba esas cualidades desde hacía años con el premio de ciencia. Luego llamarían a los ganadores de cada curso por rango de edades. Primero subirían al escenario los más jóvenes. Allí un profesor explicaba el invento o experimento que había merecido tan alto honor y se entregaba un diploma a cada ganador. Una videocámara automática lanzaba una fotografía del ganador, para la revista electrónica de la escuela, y se pasaba al siguiente curso.

A Adam le pareció como si el planeta entero guardase silencio en el momento en el que la megafonía anunciaba el nombre de su rival. Era como si todos los habitantes de la

Tierra se hubiesen confabulado para hacer que ese momento fuese lo más humillante posible para Adam. ¡Qué rabia!

–Y el ganador es... ¡Chris Moss! –dijo la voz clara y fuerte.

Y entonces ocurrió.

De la mochila de Adam empezó a escucharse una potente voz.

–Chris Moss es un farsante y un tramposo, Chris Moss es un farsante y un tramposo...

¡Horror! Era Bobby, que reaccionaba a las palabras que había oído.

¡Qué vergüenza! Adam, colorado como un tomate, sacando a Bobby de su mochila e intentando golpearle la espalda al chucho para que callase. Meg y Martin partiéndose de risa a su lado. Los asistentes con las cabezas giradas, buscando con la mirada hacia el final de la sala para localizar de dónde venía ese barullo. Chris Moss con la boca abierta, inmóvil, a medio subir las escaleras hacia el escenario. Y la directora... eso sí que era preocupante. La directora, seria, con los ojos muy dilatados, las mejillas coloradas, los puños cerrados, intentando articular alguna palabra sin poder hacerlo. Aquello iba a costar muy, muy caro, pensaba Adam mientras conseguía calmar a su robot.

El resto del día, mejor olvidarlo. Hubo de todo. Reprimenda en el despacho de la directora, que estaba fuera de sí. Videollamada con su padre, que se encontraba en medio de alguna reunión de trabajo y que prometió a la directora, muy enfadado, que esa noche hablaría seriamente con su hijo.

Luego clase de Matemáticas, luego de Lengua, luego de... Adam ni se enteró de lo que hizo el resto de la jornada.

Sí, esta vez debía arreglar a Bobby y su manía de repetir las frases. Y, ¡ah!, haría que Bobby borrara para siempre esa frase insultante sobre Chris que le había enseñado a pronunciar. Bueno, quizás no la borraría, y ya decidiría más adelante si haría algo al respecto de la frase.

Afortunadamente, por la tarde se encontrarían los tres amigos en casa de Meg para discutir el proyecto de ciencia del próximo curso. Ese con el que dejarían a todo el mundo boquiabierto y a Chris Moss sentado en su silla de espectador en el auditorio.

A las siete llegaron él y Martin puntualmente a casa de Meg. Melanie, su madre, les abrió amablemente la puerta y los invitó a entrar. Como siempre, les insistió en coger una magdalena de las que hacía. Eran buenísimas, y estaba claro de quién había heredado Meg su habilidad para cocinar.

La habitación de Meg podía inspirar temor al visitante. A medio oscuras, siempre con luces bajas, personajes horribles poblaban esa estancia. A Meg le encantaban las pelis de terror, y en su cuarto se encontraban figuras, a tamaño real, de algunas de las bestias y villanos más feroces y terroríficos del universo entero. Adam y Martin estaban acostumbrados y se encontraban en su salsa.

En la habitación de Meg siempre se debía hablar en voz baja, como de misterio. Eso ayudaba a crear aquel ambiente tenebroso que hacía de ese lugar un sitio tan interesante.

Así que, en voz baja, empezó la reunión.

–Esto no lo superará nadie –comenzó Adam–. El proyecto está claro, pero hay muchos detalles que debemos trabajar. Esto será muy, muy grande.

–Aquí tengo una lista de cosas –siguió Meg–. Veamos, está el tema del peso. Habrá que controlarlo... No, no va por ti, amigo –se apresuró a decir Meg al ver la cara que ponía Martin–. Me refiero al peso de los tres en conjunto, que deberemos compensar. Luego está el tema del médico. Tocaré ir al médico. No podemos arriesgarnos a caer enfermos «allí». También hay que revisar bien los detalles de cómo vamos a meternos dentro, no vayamos a echarlo todo a perder en el último momento.

–¡Ah! Y está la cuestión del campamento de verano, eso que tanto te gusta, Meg –añadió Martin.

Era verdad. Meg odiaba los campamentos de verano. Los encontraba de lo más aburridos y sosos, pero esta vez debían ir. Era parte del plan. Un plan que llevaban pensando y discutiendo durante meses.

–Bien, pues entonces pongamos fechas y distribuyámonos las tareas –propuso Adam–. A final de semana hay que tener solucionado el tema del campamento de verano, ¿vale? Y eso nos toca a cada uno. Yo pensaré en cómo entrar. Meg, empieza a hacer la lista de cosas a llevarnos; y tú, Martin, con esa lista comienza a recopilar el material, ¿ok? Ah, y lo del médico... Pues, cada uno, lo más rápidamente que podamos, ¿de acuerdo?

De vuelta a casa, Adam entró en el salón en el que se encontraban sus padres y la pequeña Betty. Debería aguantar pacientemente la bronca de su padre, que reconocía que tenía bien merecida. Y luego les diría lo de ir al médico.

Sí, aquello iba a ser sonado de verdad.



2. El plan se pone en marcha

Estaba sudando un montón en el gimnasio. Llevaba ya un par de horas machacándose en las máquinas y bebiendo, de vez en cuando, sorbos de un líquido revitalizante que su entrenador le había dado. Agotado, se dirigía ahora hacia la camilla en la que un robot médico le realizaría un escáner para comprobar el estado de su cuerpo y ver la velocidad con la que se recuperaba del esfuerzo realizado.

Eso del gimnasio era solo uno de los muchos sacrificios que se debían hacer cuando uno era astronauta. El control de la dieta o el salir a divertirse con los amigos eran otras de las cosas que quedaban afectadas.

Para Mike Seymour todo aquello valía la pena. De mayor había hecho realidad su sueño, y poder participar de

algunas de las misiones espaciales era un gran premio para él. De momento, y a pesar de lo joven que era, ya había viajado varias veces a la Luna, en misiones rutinarias de transporte de materiales.

Hacía unos años que se había construido una base permanente en órbita alrededor de la Luna. Una pequeña ciudad, con población estable, principalmente científicos que investigaban en diferentes campos y trabajadores de la industria minera. Las naves de última generación permitían hacer el viaje en apenas una hora y de forma muy cómoda. Mike había revisado en Internet la historia reciente, cuando hacía relativamente pocos años los astronautas debían pilotar naves complejas, en forma puntiaguda, situadas encima de cohetes enormes llenos de combustible. ¡Esos sí que eran héroes! Cabalgando a lomos de auténticas bombas que los aceleraban brutalmente y los lanzaban al espacio. Más de uno se había dejado la piel en esas hazañas. Gracias a Dios la cosa había evolucionado mucho, y las naves despegaban y aterrizaban suavemente, como si se tratase de helicópteros de los de antes.

En realidad, un astronauta era un piloto avanzado. Manejar aquellas naves se parecía mucho a pilotar los rápidos aviones supersónicos que surcaban el cielo del planeta, solo que se volaba mucho más rápido y muchísimo más alto. Los ordenadores lo hacían todo, y el piloto solo debía supervisar y asegurar que las trayectorias estaban bien programadas.

La Luna era un destino sencillo y cercano. Pero Mike deseaba progresar en su carrera para que le destinasen a

alguna de las misiones que él más deseaba. Una exploración de los satélites de Saturno no estaría mal. De hecho, sabía que la agencia espacial preparaba tal misión, y él quería estar a punto para cuando eligiesen tripulación.

De momento había conseguido que le asignaran de piloto para una misión de transporte a Marte. Se trataba de dejar un montón de material en un punto de la superficie del planeta rojo, material que unos años después serviría para construir una base permanente similar a la que funcionaba en la Luna.

Un transporte no era precisamente la misión de sus sueños. No tenía nada de excitante hacer de cartero galáctico. No saldría en ningún titular de periódico digital ni descubriría nada. Pero era parte de su carrera para poder ganar puntos y experiencia para misiones más interesantes, y, además, sería la primera vez que vería Marte de cerca.

Lo que más pesado se le hacía era pensar en el que sería su compañero de viaje. El copiloto. Nada más y nada menos que Boris Usayev, conocido con el sobrenombre de «la Comadreja».

Un grandullón con fama de ser maleducado y muy bruto. Nadie sabía realmente de dónde le veía el mote. ¿Era por lo peligroso que era? ¿Quizás por lo salvaje? Había quien decía que Usayev olía como una comadreja, ya que muy amigo de la ducha parece ser que no era. Fuese como fuese, a Usayev le gustaba el mote, y era normal llamarle «Comadreja» mientras conversabas con él.

Se decía que Usayev había trabajado de veterinario, lo cual también explicaría lo de Comadreja. No estaba claro

si tenía ningún título ni estudios, pero le encantaba ir de granja en granja «arreglando», como decía él, animales. En especial le gustaba mucho operar vacas o yeguas que tenían dificultades en parir para sacarles la cría del vientre. Cuando alguien le hacía alguna broma de cómo un bruto como él podía abrir y luego coser a una vaca, Usayev respondía con una gran carcajada que ninguna vaca se le había quejado nunca.

Lo que la Comadreja no aguantaba era que nadie hiciera ninguna broma acerca de sus pies. Unos pies enormes, que llamaban enseguida la atención. Lo mejor era evitar mirarle esos pies. Se decía que la Comadreja había atizado a más de uno por quedarse embobado mirándole los pies.

Mike personalmente nunca había compartido viaje antes con la Comadreja. Todo lo que había escuchado eran historias, leyendas. No eran muy alentadoras, como el tema de los pies, pero esto era trabajo, y si para llegar a ser astronauta de misiones especiales debía pasar por un viaje a Marte con la Comadreja, pues eso es lo que haría. Solo serían tres días, que era el tiempo que se tardaba, con la nueva tecnología espacial, en ir y volver de Marte.

El resultado de la revisión médica fue satisfactorio. Hacía un par de días había notado un pequeño dolor en el abdomen mientras jugaba al pádel. Era un dolor molesto, nada importante, pero Mike se había preocupado por si aquello pudiese ir a más e impedirle pilotar en la misión. Pero afortunadamente el dolor había cesado al cabo de unas horas y ahora la revisión confirmaba que estaba en perfecto estado.

En unos días estaría sentado a los mandos de la nave, con la Comadreja a su lado, camino de Marte. Mientras tanto trataría de entretenerse como mejor pudiese.

–Bien, ahora gírate un poco hacia la derecha.

Mientras el médico manejaba el ordenador, el escáner se movía arriba y abajo recorriendo el cuerpo de Adam.

–No te muevas... respira ahora...

Su madre se había preocupado mucho cuando Adam le pidió ir al médico. ¿Un adolescente pidiendo a su madre ir al médico? ¡Era para preocuparse! Por mucho que Adam le había repetido que no era nada, que simplemente se sentía un poco resfriado y que prefería que le viese un especialista, su madre estaba realmente preocupada.

–¿Está todo bien, doctor? –preguntó Beth.

–Todo perfecto, señora Seymour, todo perfecto –la tranquilizó el médico mientras el escáner mostraba los resultados.

Adam también se quedó tranquilo. Estaba bien, lo cual era una gran noticia, porque para el proyecto que estaban a punto de iniciar no se podían permitir caer enfermos.

Pero todo no podía ser perfecto. Adam casi se quedó sin aliento cuando su madre contestó la videollamada y la oyó saludar.

–¡Hola, Martha! ¿Cómo estás? Me alegro saber de ti.

Martha era la madre de Martin, y de aquella conversación Adam no esperaba nada bueno.

–Sí, no te preocupes, que buscaré esa receta. Lo haré cuando llegue a casa, que ahora estamos en la consulta del médico revisando a Adam.

«¡Maldición! Cuelga ya, mamá, cuelga ya», pensaba Adam aterrado.

–¿Cómo dices Martha? ¿Ah, sí? ¿También al médico por Martin? ¡Vaya por Dios, qué casualidad! Se encuentra bien, espero.

La cabeza de Adam ya daba vueltas pensando en la excusa que tendría que inventarse si esa conversación duraba unos segundos más. Sí, más valía que pensase una historia rápido.

–Ah, me alegro. Sí, sí, Adam también está bien, gracias. Simplemente que me pidió ir a la consulta.

La cosa se estaba poniendo fea de verdad. ¿Por qué no colgaría ya su madre?

–¿A ti también te lo pidió Martin? –su madre ya le miraba a la cara, con expresión seria, mientras seguía hablando–. Bien, bien. Sí, más vale aclararlo. Nos llamamos luego, Martha. Un beso.

–¿Adam, hay algo que debas contarme?

Adam tenía un nudo en la garganta. No le salían las palabras. ¿Qué explicación podría haber para que su mejor amigo y él hubiesen pedido a sus respectivos padres irse a visitar al médico prácticamente al mismo tiempo? La cosa no podía ser peor. Bueno, en realidad «sí» que podía ser peor, si en algún momento se descubría que Meg también había pedido ir al médico.

–Adam, ¿me oyes? ¿Me cuentas ahora mismo qué está pasando aquí?

«Tierra trágame, por favor, trágame ya», pensaba Adam sin poder pronunciar palabra. La Tierra no se lo

tragó (parece ser que nunca nuestro planeta se ha tragado a nadie, que se sepa), pero el cosmos entero vino en su ayuda. La puerta de la consulta se abrió, y apareció... ¡Chris Moss!

Nunca en la vida hubiera pensado Adam que se alegraría tanto de ver a Moss. Estuvo a punto de lanzarse sobre él para abrazarle. Aquella coincidencia extraordinaria era su salvación para escapar del interrogatorio de su madre, y Adam tenía clarísimo lo que debía hacer. La suerte no se repite a menudo, así que había que aprovecharlo. Solo debía pronunciar su nombre.

–¡Chris Moss! –dijo lo más alto y claro que pudo.

Chris se le quedó mirando fijamente. Enfrente estaba el cretino de Adam, que le había ridiculizado en el auditorio hacía unos días. ¿Le debía pegar allí mismo? No, no lo haría. Eso es lo que Adam quisiera, para dejarle como un matón. No. Se contendría y simplemente le ignoraría.

–¡Chris Moss! –repitió Adam.

–Sí, Chris Moss, tío. Soy yo. ¿Qué te pasa, atontado? ¿Es que solo sabes pronunciar mi nombre?

Un tercer «¡Chris Moss!» salió de la boca de Adam, que había empezado a sudar. «Por favor, Bobby, responde, por favorrrrrr», pensaba.

Al cuarto intento, Bobby finalmente respondió.

–Chris Moss es un farsante y un tramposo, Chris Moss es un farsante y un tramposo...

Fue como un calmante para Adam. Ya estaba encendida la mecha, y ahora simplemente había que aguantar la explosión.

Moss, fuera de sí, se lanzó a por Adam. Se abalanzó hacia él con tanta fuerza que los dos cayeron al suelo. Adam se protegía con las manos mientras Chris intentaba pegarle, arañarle o lo que fuese.

Mamá Moss había tropezado al intentar separarlos y había caído sobre el sofá donde se encontraba la madre de Adam, que se había quedado con la boca abierta y petrificada.

Las dos señoras se revolcaban en el sofá, torpemente, incapaces de levantarse, una encima de la otra.

–Señora Moss, ¡por favor! ¡Que no me deja respirar!

–Personas en el suelo, personas en el suelo –entró rodando rápidamente un robot enfermera, que enseguida intentó levantar a la pareja Adam-Chris, que seguían enzarzados en la pelea. Claro, demasiado peso para la enfermera, que perdió el equilibrio y cayó sobre la pecera que había en la mesa de la sala de espera.

La escena era caótica. Entre un «Chris Moss es un farfante y un tramposo» que no paraba, dos muchachos se revolcaban por el suelo, mientras dos señoras intentaban levantarse del sofá chillando, mojadas y con peces de colores en la cara.

La cosa terminó bastante bien para lo que podía haber pasado. Adam, con algunas magulladuras menores en el cuerpo. Chris, insultándole mientras el médico los separaba. Mamá Moss, que se había desmayado después de un ataque de nervios. Bobby encantado, con la lengua fuera, moviendo su colita, deseando más juego. Y la madre de Adam, inmóvil, sosteniendo un pez con los dedos, sin saber exactamente si chillar o llorar.

De camino a casa, Adam tuvo que escuchar las riñas de su madre.

—¡Te he dicho mil veces que controles a Bobby! ¡Hablares con tu padre de lo que ha pasado hoy! ¡Qué vergüenza! Y ese Chris Moss... ¡qué maleducado! Y su madre... ¡cómo pesaba su madre!

Pero Adam sonreía para sus adentros. La Tierra no se lo había tragado, pero Moss y Bobby le habían salvado. Su madre ya ni recordaba la conversación con Martha.

—Mirad que araña tan bonita he encontrado hoy para mi colección de insectos.

Martin sostenía una pequeña cajita de cristal en su mano, mientras la mostraba a Meg y Adam.

—No es un insecto, tonto. Una araña es un arácnido, no un insecto —le replicó Meg con tono de sabionda.

—¿Cómo no va a ser un insecto, niña sabelotodo? Mírala bien, es pequeña y peluda. Esto «es» un insecto, ¡si lo sabré yo!

Meg y Martin discutían a menudo. Meg encontraba a Martin bastante bruto y primitivo, y ella siempre intentaba corregirle y culturizarle, cosa que molestaba al chico. Pero a pesar de las frecuentes discusiones, y por encima de todo, eran amigos.

Esta vez Meg decidió no replicarle. Perdía el tiempo. Para Martin cualquier cosa pequeña, peluda y un poco asquerosa era un insecto. ¿Cómo explicarle que los insectos tienen seis patas, a diferencia de los arácnidos que tienen ocho? Era perder el tiempo.

–Sí, muy bonita Martin. Pero ¡vamos! Tenemos que repasar todos los puntos –los interrumpió Adam mientras se sentaba sobre la alfombra de la habitación de Meg, que ya se había convertido en su cuartel general.

–A ver, repasemos la lista de cosas. Meg, ¿tú tienes la lista? –preguntó Adam.

Meg, con tono muy serio y misterioso, encendió su agenda electrónica.

–En primer lugar, tenemos lo de la revisión médica. ¿Os la habéis hecho ya?

–Si os cuento a quién me encontré en el médico, no os lo vais a creer –dijo inmediatamente Adam–. Cara a cara con el mentiroso de Chris Moss. Y menos mal que me lo encontré, porque mi madre, bueno, mi madre ya me estaba interrogando... Bueno, es igual, no os cuento más rollo. La cuestión es que me he hecho la revisión y estoy bien. Tú, Martin también fuiste, ¿no?

–Sí, sí. Y también estoy bien. Bueno, en realidad me dijo que debía adelgazar un par de kilos, pero de lo demás estoy bien –contestó Martin mientras seguía mirando, absorto, a su nueva araña.

–Vale, perfecto. Yo también fui, y todo en orden –dijo Meg–. Lo tacho de la lista. Este tema era muy importante.

Sí lo era, porque adonde iban no se podían permitir caer enfermos, así que debían estar en buen estado de salud antes del viaje.

–Luego tenemos lo del campamento de verano –prosiguió Meg–. ¿Habéis hablado ya con vuestros padres para convencerlos?

Se trataba de convencer a las familias para ir un par de semanas a un campo de verano, todos juntos. Era parte fundamental del plan. Y no a cualquier campo de verano, sino al de Preston, una zona de bosques muy cercana a las instalaciones de la agencia espacial. En muy pocos días se lanzaría una nave hacia Marte, nada más y nada menos que pilotada por Mike, el hermano de Adam. Esta era la excusa para ir. Los padres no pondrían ninguna pega. ¿Qué razón tendrían para sospechar de que sus hijos quisiesen ver con sus propios ojos, y de cerca, el despegue de Mike? De hecho, era muy posible que estuviesen encantados con la idea. Además, al padre de Adam, Jeff, le entusiasmaban los campos de verano, las excursiones y todo eso.

–Lo haré esta misma noche –comentó Adam–. Martin, iría bien que tú también...

Adam no pudo terminar la frase.

–¿Dónde está? –gritó Martin–. ¡No os mováis, no os mováis!

Estaba como loco, buscando la araña que se le acababa de escapar de la caja.

–¿Quieres dejar en paz a la araña, Martin? ¡Tenemos un plan, y hay que repararlo! –se enfadó Meg.

A Meg no le daban miedo las arañas. Ni las arañas ni los bichos en general. En eso también era un poco diferente de las demás chicas de la escuela. La probabilidad que tenía Martin de encontrar la araña en esa habitación era casi cero. Meg siempre la tenía con poca luz, para mantener el ambiente de misterio que tanto le gustaba. Además,

ella sabía que una araña era un animalito muy útil, ya que se comía a las moscas y mosquitos. ¿Cuántas veces había intentado convencer a su madre de que no se debían matar a las arañas que, de vez en cuando, aparecían en el comedor? Así que ya le parecía bien que una araña pasase a habitar su alfombra. Quizás treparía por una de las figuras aterradoras y se instalaría dentro del cráneo del esqueleto o en la nariz de la momia.

Costó calmar a Martin, pero finalmente se convenció de que no la conseguiría encontrar. Bueno, buscaría otra a la mañana siguiente. Volvió la calma.

–Martin, tienes que atar el tema del campamento hoy mismo, ¿vale? –dijo Adam mirándole muy serio.

–Sí, sí, no os preocupéis, que esto es pan comido. Dadlo por hecho.

Meg siguió repasando su lista.

–Veamos... luego está el equipaje. Hay que decidir lo que nos llevamos, lo que necesitamos, tanto para el viaje como para el experimento.

–¡Cierto! –apoyó Adam–. Porque todos tenemos claro lo que vamos a hacer, ¿no? –preguntó mirando a Martin.

–¡Claro que sí! –se apresuró este a decir–. No sé por qué me miras a mí, si lo tengo clarísimo.

Martin recitó como de memoria.

–Se trata de ir a Marte, hacer un par de fotos del experimento, volver y ganar el premio de ciencia del próximo año. Así de fácil.

–Impresionante, Martin. De verdad que estoy impresionada –dijo Meg irónicamente. Y repitió–: Así de fácil.

Evidentemente el plan no tenía nada de fácil. Para empezar, estaba la cuestión de cómo entrar en una nave de la agencia espacial sin que los descubriesen. Luego el pequeño detalle de que se iban nada más y nada menos que a Marte, un planeta a unas cuantas decenas de millones de kilómetros de casa. Aunque el viaje a Marte ya era rutinario para las naves de transporte terrestres, pocos humanos habían andado por su superficie, y mucho menos unos chavales. Y ¿el problema de las familias? Deberían despistar a sus familias por unos días. Seguramente un «por cierto, papá y mamá, que mañana me voy de excursión a Marte, no me esperéis para cenar» no triunfaría, así que el plan tenía que contemplar la cuestión del despiste.

–Debemos empezar a hacer nuestro equipaje –advirtió Adam–. No podemos dejarnos nada imprescindible. Martin, recuerda conseguir una pluma y un martillo.

La palabra *martillo* era divertida. Ya nadie utilizaba esos instrumentos, propios del siglo anterior. Parece ser que se usaban para golpear objetos... clavos, eso era, para golpear clavos. *Clavos*, otra palabra divertida. Todo aquello hacía mucho tiempo que había sido substituido por herramientas electrónicas y sistemas de fabricación avanzados. Los martillos habían encontrado su sitio en los museos. Afortunadamente, Martin, especialista en encontrar cosas, se las arreglaría para obtener uno. El martillo era parte fundamental de su plan.

* * *

–¿Qué os parecería ir este verano de campamento?

La pregunta de Adam sorprendió a sus padres, que no pudieron evitar parar de masticar la comida y quedarse mirando a su hijo con expresión de no entender nada. Después de unos pocos segundos de silencio absoluto (bueno, absoluto no, porque estaba la pequeña Betty golpeando rítmicamente la mesa con una cuchara), su madre habló.

–¿Tú quieres ir a un campamento de verano? Pero ¡si nunca te ha gustado, nunca has querido ir!

Era cierto. Aunque Adam no odiaba el tema de los campamentos como Meg, tampoco eran su ideal de vacaciones perfectas.

–Pues a mí me encanta la idea –dijo su padre.

Jeff recordaba cuando era un crío, y su padre, el abuelo de Adam, le llevaba de campamento al bosque. Con una tienda de campaña, una mochila y un mapa. ¡Qué recuerdos! Los cielos estrellados, la hoguera y el sonido de los animales por la noche. Claro que ahora los campamentos no eran exactamente así. Un campamento de verano estaba formado por pequeñas casas que contaban con todas las comodidades de la civilización moderna, incluso con un robot cocinero, y, si se contrataba como un extra, un robot mascota a elegir. Pero en todo caso le entusiasmaba la idea de salir juntos, estar cerca de la naturaleza y recordar esos tiempos de niñez.

–Sí, sí... a mí también –se apresuró a comentar Beth–. Solo que me ha extrañado mucho que Adam lo proponga. ¿No te ha extrañado a ti, Jeff?

El padre de Adam no contestó inmediatamente. De hecho, no había escuchado la pregunta. Su cabeza ya estaba imaginando bosques, hogueras, cielos estrellados y sonidos de animales.

–Y ¡no os lo vais a creer! He convencido a Meg y a Martin para que vengan con sus familias. Bueno, los he convencido a ellos, y ahora ellos deben convencer a sus padres. ¡Ah! Y, además, ya he buscado el campo de verano, porque, atención...

La madre de Adam estaba alucinada escuchando todo aquello. A su izquierda, su marido, absorto, con cara de tonto, con la mirada perdida y pensando en tiendas de campaña y mochilas. A su derecha, la pesadita de Betty que seguía, impasible, golpeando la mesa con su cuchara. Y, enfrente, Adam, hablando de campos de verano, de ir juntos con las familias de Meg y Martin, y, por si todo esto no fuese sorprendente, anunciando que estaba a punto de descubrir otra sorpresa con ese «atención». ¡Vaya semanita de sorpresas! Adam, un niño de lo más aplicado y tranquilo, había revolucionado a la familia los últimos días con el incidente de la entrega de premios en la escuela y luego el espectáculo bochornoso de la consulta del médico, que más valía olvidar.

De pronto, una lucecita se encendió en la mente de la madre de Adam. ¡El médico! ¡La llamada de Martha! ¡La coincidencia de que Martin también hubiese pedido ir a visitar al médico! Casi lo había olvidado. Allí pasaba «algo».

–... propongo ir al campo de Preston, justo en la fecha prevista para el despegue de Mike. Así lo hacemos coincidir todo –continuó Adam.

–¡Excelente idea! –despertó su padre–. ¡Qué emoción! Un campamento de verano y el lanzamiento de Mike! ¡Magnífico, Adam!

Jeff y Beth ya habían previsto asistir al lanzamiento, de forma que la idea de unir ese acontecimiento con unos días de descanso en un campamento de verano cerca del centro espacial parecía genial.

–¡Un momento, un momento! Adam, hijo... ¿qué es todo esto? –replicó su madre.

Adam no podía negar que la suerte le acompañaba. La señal de videollamada rompió el silencio que se había creado después de la pregunta de su madre. En la pantalla apareció el rostro de Martha, la madre de Martin.

–¡Hola, Beth! ¿Te ha contado tu hijo lo del campo de verano? ¿No es una bonita idea?

No era posible que solo «ella» viese que allí estaba pasando algo raro.

–Hola, Martha. Sí, justamente ahora nos lo estaba proponiendo.

–A Peter, a Martin y a mí nos apetece mucho ir –siguió Martha, emocionada–. Así también podemos ver el lanzamiento de vuestro hijo, y pasar unos días con vosotros y con los padres de Meg.

Evidentemente, Beth no podía decir que no. Sus amigos le estaban proponiendo asistir juntos al lanzamiento de Mike. Era natural la emoción de Martha. Así que solo se podía reaccionar de una forma posible.

–¡Sí, Martha! Es una idea excelente, y nosotros también estamos emocionados –pronunció Beth, pero sin dejar de

pensar que debería permanecer con los ojos bien abiertos, porque su sospecha era grande.

Esa misma noche los padres de Adam recibieron una segunda videollamada. Eran Pablo y Melanie, los padres de Meg, que llamaban porque su hija les había dicho que los padres de Adam les querían proponer una cosa.

¡Qué inteligente, Meg! Estaba claro que ella no podía proponer la idea del campo de verano a sus padres. De todos era conocido que Meg aborrecía los campamentos. Hubiese despertado demasiadas sospechas. Así que les había dicho a sus padres que los Seymour querían hablar con ellos.

–Nos alegramos de veros, Melanie –dijo la madre de Adam–, pero no sé a qué te referies. Oye Jeff, ¿tú les querías contar algo a Melanie y Pablo?

Antes que el padre de Adam pudiese contestar, Adam, que había captado al vuelo el plan de Meg, interrumpió.

–Mamá, lo del campamento, os llaman para comentar lo del campamento.

–¿Lo del campamento? ¿Qué campamento? –pregunto extrañada Melanie–. ¿Os vais de campamento Beth?

–Sí, justamente Adam nos lo acababa de proponer. La familia de Martin también se apunta, y juntos vamos a ver el lanzamiento de la misión a Marte que pilota nuestro hijo mayor. Y yo pensaba que vosotros también vendríais –respondió Beth.

–¿Nosotros? No creo, Meg odia los campamentos de verano.

La madre de Meg casi no había terminado esa frase, cuando se escuchó la voz de su hija.

–Está bien, mamá, está bien. Si van mis amigos, yo voy también.

El plan de Meg había funcionado a la perfección. En pocos minutos sus padres y los de Adam se pusieron de acuerdo en los detalles. El lugar y las fechas estaban fijados por el lanzamiento de la misión a Marte. Adam sonrió para sus adentros.

–¡Adam Seymour! ¡Venga, que debemos irnos ya!

Mientras su madre le llamaba, nerviosa, desde la calle, Adam daba la última revisión a su mochila. Estaba todo. La ropa. Su videocámara. Su pequeño ordenador. Bobby, por supuesto. ¡Ah! Y el martillo y la pluma que Martin había conseguido.

Cerró la cremallera de la mochila y dio un último vistazo a su habitación. Allí estaban los pósters, los modelos de naves espaciales, las cajas de herramientas y el telescopio. Mientras cerraba la puerta se despidió mentalmente de sus cosas.

Se iba a Marte.